

CAPÍTULO XVI

Los refuerzos enviados á Dupont franquean el paso de Despeñaperros: segunda acometida á Jaen, rechazada: Castaños, general en jefe del ejército de Andalucía: organizacion que le da: situacion del enemigo: ataque de Andújar: Reding fuerza el paso de Menjíbar: victoria de Bailen: conducta poco honrosa de la junta de Sevilla con los prisioneros: abandona José la capital y se retira al Ebro: españoles que le siguen: efecto que causa en Napoleón y en Europa la victoria de Bailen.

A los diez dias escasos de haber entrado José en Madrid, cuando aún los cortesanos no habian acabado de quemar su incienso al rededor del nuevo ídolo, hizo la guerra estallar sobre sus cabezas un trueno que los llenó de pavor y los obligó á abandonar precipitadamente la corte huyendo hasta el Ebro. Hablamos de la batalla de Bailen, que es preciso describir desde que se pusieron en marcha nuevos refuerzos de tropas para sacar á Dupont de su encierro de Andújar.

Consistieron en seis mil infantes, setecientos caballos y doce piezas de artillería bajo el mando del general Vedel, que salió de Toledo el 19 de Junio. En el camino aumentó sus fuerzas con los destacamentos de Roize y Liger-Belair, recogidos, como hemos dicho, en Madrilejos, á consecuencia de la insurreccion general de la Mancha.

No hallaron contratiempo hasta el paso de Sierra-Morena, en el famoso Despeñaperros, estrecha garganta, despues de la cual cae el terreno como á un abismo. Guardábala un teniente coronel, ocupado antes en la persecucion del contrabando y ahora colocado de repente al

frente de tres mil paisanos, en gran parte con trabandistas: extraño contraste obrado por el comun amor de la patria (26 de Junio.) Apoderado de tan buena posicion y habiendo atajado el camino con troncos y peñascos en su parte más angosta, hubiera podido fácilmente resistir á mayores fuerzas con poca exposicion sabiendo utilizar las seis piezas de artillería que tenía oportunamente y con serenidad. Fáltóles esto, y los franceses se franqueron pronto el paso casi sin pérdida, yendo á tomar posicion en Bailen con la division enviada á saquear á Jaen, la cual se le incorporó en la Carolina. El primer fruto de esta reunion fué restablecer las comunicaciones con la Mancha, que hacia un mes estaban interrumpidas, dejando destamentos en el camino para mantenerlo despejado.

El objeto de Savary al reforzar á Dupont no era el proveerle de elementos para proseguir su expedicion, sino para retirarse hasta que, domeñadas Zaragoza y Valencia, pudiese, con mayor seguridad del triunfo, dirigirse contra Sevilla. Con este fin mandó al general Gobert situarse con su division en Manzanares para proteger la retirada. Dupont, empero, creyéndose



con medios suficientes para realizar su primera mision, juzgando comprometido en ella su honor, ordenó á Gobert que se le uniese dejando sólo un batallon en Manzanares y otro en Puer del Rey.

Entretanto fué enviada segunda expedicion á castigar á Jaen con otro saqueo. El resultado del primero habia sido convenirse la junta en servir á Dupont los víveres que habia pedido; mas habiéndose opuesto el pueblo al cumplimiento de tal cláusula, fué forzoso excusarse á una y otra reclamacion. Enojado por ello el general francés y por la escasez de víveres que aquejaba á sus soldados, reducidos á cinco onzas de pan para el dia, comisionó á la brigada Cassagne para apoderarse de cuanto hallase á mano y castigar severamente la desobediencia. Componíase de dos mil infantes y quinientos caballos, con los que se presentó á la vista de la ciudad el 1.º de Julio. La junta habia hecho salir á las mujeres á guarecerse en las fragosidades de la sierra de nuevas brutalidades, y colocado en las inmediaciones el paisanaje armado. Su resistencia, aunque más vigorosa que la anterior, fué arrollada, penetrando el invasor sobre la marcha en la ciudad; pero los vecinos continuaron por las calles y desde las casas el fuego, y dieron lugar á ser socorridos por un regimiento suizo y dos escuadrones de caballería que les mandó Reding. Renovóse el ataque con mayor encarnizamiento, siendo repetidas veces perdido y conquistado el castillo. Al fin se persuadió Cassagne de la imposibilidad de sostenerse, y sabiendo que avanzaba Reding y todo el ejército español de Andalucía sobre Andújar, se retiró en la noche del mismo dia 3, sin el logro de su cometido.

Referiremos el gran triunfo que el ejército español vino á recoger en aquellos campos desde sus primeros pasos.

Castaños, á quien la junta de Sevilla habia confiado la organizacion y el mando en jefe del ejército de Andalucía, era alumno de la suprimida escuela militar del Puerto de Santa María. Salido de ella, se atrajo la estimacion de sus superiores por la dulzura y jovialidad de su carácter, y por la exactitud y esmero en el servicio, y sus soldados eran modelo de subor-

dinacion y disciplina. En la guerra con la república habia adquirido tambien un testimonio de valor saliendo herido en una de las várias acciones en que se halló bajo las órdenes del general Caro.

Nombrado mariscal de campo al celebrarse la paz de Basilea, y ascendido poco despues á teniente general, se hallaba como hemos dicho, en el campo de San Roque cuando estalló en Madrid el grito de insurreccion, á que contestó el primero entre los militares de alta graduacion de nuestro ejército; ejemplo que alentó á muchos para declararse por la causa de la patria. No habia tenido ocasion de señalarse por sus talentos como general; pero la actividad con que procedió á la formacion del ejército, el ardor con que se ocupó de su instruccion y la tenaz oposicion que hizo á las empresas más ó ménos sensatas que imaginaba el impaciente patriotismo, hasta haber completado la organizacion y demostrado al soldado la utilidad de la disciplina, basta á persuadir de la fijeza y exactitud de sus convicciones en el arte de la guerra, en el cual la subordinacion y el ingenio entran por más, ordinariamente, que el número y la fuerza. Sin embargo, juicios respetables le han conceptuado más diplomático que militar.

Así que tuvo reunidas en Utrera, Carmona y sus inmediaciones las tropas de Sevilla, Cádiz, Jaen, Córdoba, Granada y algunas partidas sueltas, y que las hubo acostumbrado á evolucionar en grande, les pasó revista general el 26 de Junio en el primer punto antes de marchar contra el enemigo. Formaban un conjunto de veinticinco mil infantes y dos mil caballos, distribuidos en tres divisiones, aparte de los cuerpos volantes y las partidas de Cruz, Echevarri y Valdecañas. Mandaba la primera de seis mil hombres, la más brillante del ejército, D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, que juntaba á un valor sereno y á un genio organizador un gran tino militar: la segunda, de igual fuerza, se puso á las órdenes del marqués de Coupigni, antiguo oficial de guardias wálonas ascendido por la junta á mariscal de campo: la tercera, regida per el anciano brigadier D. Felix Jones, debia de



obrar en union de la reserva, puesta á cargo del teniente general D. Juan Manuel de la Peña, componiendo el total de unos diez mil hombres. Admiracion causó ver aquella masa poco antes informe de paisanos alborotados y rudos, ahora maniobrar con regular pericia dócilmente sujeta á los lazos de la disciplina. Muchos carecian todavía de uniforme é iban desigual y hasta ridículamente equipados; mas no por eso entorpecian los movimientos. El general Spenser, llegado por entonces al puerto de Santa María con un cuerpo auxiliar de seis mil plazas, ofreció su cooperacion en las operaciones que se iban á emprender; pero así la junta como los generales se convinieron en no admitir socorros extranjeros en tanto que no fuesen absolutamente indispensables, y los ingleses permanecieron de meros espectadores respetando el pundonor castellano.

Tres dias despues de la revista emprendió Castaños el movimiento dirigiéndose por la orilla izquierda del Guadalquivir hácia los puntos ocupados por Dupont, y el 1.º de Julio llegaban ya al Carpio, pocas leguas de Andújar, donde aquél se hallaba. Habíase convenido en Utrera antes de la revista, en presencia del presidente de la junta, tomar la ofensiva de todas maneras acosando por do quier al enemigo, cortándole las comunicaciones, apoderándose de los convoyes é impidiendo la reunion de los refuerzos que se le enviasen de Madrid, para lo cual se situaria un cuerpo á su retaguardia. Al llegar á Arjonilla, legua y media del enemigo, el soldado empezó á manifestar impaciencia por llegar á las manos, y los generales, no ménos ardorosos, se juntaron en Porcuna para acordar el plan de ataque (dia 11).

La posicion de los enemigos no era ventajosa sino para una retirada: Dupont, ó de propia resolucion ó por órdenes superiores, ocupaba con diez mil hombres á Andújar como base de operaciones, no siendo, al juzgar de las personas inteligentes, ni la más adecuada para la situacion en que se encontraba en medio de un pais todo sublevado, ni susceptible de muy buena defensa: Vedel, con nueve mil hombres se hallaba á su retaguardia, en Bailen y

Puerto del Rey, manteniendo las comunicaciones con la Mancha y observando la izquierda del rio por donde se dirigian los españoles: Liger-Belair con mil quinientos hombres guardaba el paso de Menjibar: el de Marmolejo fué interceptado cortando el puente: además varias columnas móviles recorrían diariamente el triángulo que forma la carretera desde Bailen á Andujar, la orilla derecha del rio hasta frente á Menjibar y el camino de este punto al primero.

En vista de esta situacion y disposiciones el consejo de Porcuna acordó un plan simulado. Castaños, con la tercera division y la reserva atacaria de frente á Dupont en Andújar, auxiliándole Cruz con las tropas ligeras que pasarían el puente de Marmolejo, ya restablecido, para caer sobre la derecha del enemigo; y Beding y Coupigni forzarían entretanto los pasos de Menjibar y Villanueva para marchar sobre Bailen.

Rompió Castaños el fuego el dia 15 cañoneando el puente fortificado con esmero, con lo cual ocasionó al enemigo una indiscrecion, que fué su primer paso para la derrota. Dupont pidió á Bailen el socorro de una brigada; pero Vedel, ó no queriendo desprenderse de sus fuerzas ó creyendo como su jefe que el mayor interés estaba en Andújar, determinó acudir con toda su division excepto dos batallones que dejó á Liger-Belair en Menjibar. Cruz entretanto hacia un brillante ensayo de sus tropas ligeras con un ataque á la derecha que terminó replegándose de una y otra parte á sus posiciones.

El dia siguiente 16 continuó Castaños el cañoneo á fin de mantener á Dupont en su error mientras las divisiones primera y segunda cruzaban el rio. Reding se presentó con alguna gente á la vista de Liger-Belair, quien se preparó á rechazarle, bien ajeno de imaginar que entretanto otra parte de sus fuerzas ejecutaba el paso por el vado poco distante del Rincon. Cuando éstas cayeron de improviso sobre él, por dicho se tuvo de poder retirarse á Bailen. Sin embargo, encontrando en el camino á Gobert con un refuerzo, aunque pequeño, quiso volver á recuperar su posicion, y



abrió un nuevo combate, que costó á este jefe la vida. El general de brigada Dufour prosiguió la accion hasta las once de la mañana, hora en que, no pudiendo contrarrestar la ventaja del número, se retiró á Bailen. Reding, prudente, no siguió á su alcance ignorando que Vedel ya no se hallaba allí, sino que repuso el rio hasta incorporarse con Coupigni.

No habia éste podido forzar el paso de Villanueva, defendido por dos batallones. Puestos de acuerdo con Reding, pasó este de nuevo el rio al dia siguiente y en la madrugada del 18 se juntaron para marchar contra Bailen. Entraron, empero, sin oposicion ninguna. Los franceses, habiendo visto á Reding con estrañeza retirarse vencedor, imaginaron que habia ido á tomar el camino de Baeza para caer por su derecha sobre ellos, y se retiraron por la carretera hasta Guarroman y la Carolina creyendo burlarle y con la mira de asegurar las comunicaciones con Madrid.

Apénas supo Dupont la pérdida de Menjibar, enojado de la indiscrecion de Vedel, le despachó inmediatamente á recuperar á Bailen, donde suponía á los españoles. Sorprendióse éste de no hallarlos allí, y, lo que para él fué más extraño, que tampoco estuviesen los franceses; de lo cual dedujo que se habian corrido los primeros á la derecha, precisando á Dufour y Liger-Belair á retroceder hácia la Carolina. Así se lo participó á Dupont, añadiendo que iba á reunirse con aquéllos á fin de evitar el ataque por la sierra, que, segun se decia, intentaban los enemigos. Aprobólo el general en jefe, sin hacer otra advertencia que la de ir á reunirse en Andújar luego que hubiese arrojado á los españoles del otro lado del Guadalquivir, sobre Baeza y Ubeda, y asegurado á Bailen.

He aquí el error, para Dupont funesto, á que dió lugar la excesiva importancia con que miraba la posicion de Andújar y el hábil movimiento retrógrado de Reding luego que se hubo apoderado del paso de Menjibar. En tanto que Vedel abandonaba á Bailen sin dejar un batallon siquiera para la conservacion de punto tan interesante, estuviesen ó no sus contrarios por la sierra, éstos se posesionaban de

él sin disparar un tiro. Súpolo Dupont lleno de terror, porque, reconociendo el error que á todos los trastornaba, se vió amenazado por su retaguardia, al paso que se alejaban más de él Vedel y Dufour. Si persistía en Andújar, estaba expuesto á ver de un momento á otro sobre sí todo el ejército español, no teniendo él consigo más que la mitad del suyo. Resolvió, pues, desamparar su posicion, y, á fin de ocultárselo á Castaños, lo verificó silenciosamente al anochecer del 18, destruyendo el puente y las obras de la izquierda del rio para retardar el seguimiento de Castaños. Avisólo al mismo tiempo á sus segundos para que bajasen rápidamente á caer sobre la retaguardia de Reding mientras él le atacaba de frente. Ya se deja conocer cómo este movimiento podia haber dado la victoria á los franceses, constituyendo al jefe español en la misma situacion comprometida de que Dupont se libertaba.

Emprendió la marcha llevando al general Chavert á vanguardia, y á Barbou á retaguardia, seguido de quinientos carros cargados de artillería, bagajes y principalmente del inmenso botín cogido en los saqueos de Córdoba y Jaen. Eran las tres y media de la madrugada, cuando, cerca ya de Bailen, anunciaron las avanzadas de uno y otro ejército á sus respectivos generales que estaban frente á frente. Reding habia emprendido ya la marcha para caer sobre Dupont en Andújar, y así le extrañó mucho el anuncio, lo mismo que á su contrario, que habia confiado en llegar á tiempo de sorprenderle en aquel punto.

Al punto se ordenaron las dos huestes en batalla y rompieron el fuego (las cuatro de la mañana) porque de ambas partes importaba la pronta decision: Dupont porque temia ser atacado á retaguardia por Castaños, y Reding lo temia de Vedel. Sus fuerzas eran desiguales, estando en el número la ventaja del lado de los españoles, pues tenían éstos doce mil hombres contra unos nueve mil: bien que la anulaba conocidamente la diferencia de su disciplina. El ala de Coupigni fué la primera cometida; pero, no sólo rechazó el ataque, sino que, llevada del ardor del combate, embistió las alturas que ocupaba el enemigo y lo desalojó de



ellas briosamente. Un pronto refuerzo permitió al fugitivo recobrar parte del terreno perdido y extender el ataque al centro, en tanto que Chabert y Dupré combatían con alguna ventaja el ala opuesta. Empero fué de corta duración, porque auxiliada oportunamente por Saavedra, de uno y otro extremo rechazaron definitivamente á sus contrarios, y sólo en el centro fué donde se sostuvo todavía la pelea. Reding, animando con su voz y con su ejemplo á los reclutas, logró verlos rivalizar en bravura con los veteranos, que hicieron prodigios de valor. Vióse allí el triste espectáculo de batirse con igual encarnecimiento los suizos al servicio de España con los suizos al servicio de Francia. Los coraceros enemigos llegaron, arrollando á un regimiento de infantería, hasta acuchillar sobre sus cañones á nuestros bizarros artilleros, que lograron desmontar los contrarios con general admiración. Mas, como las alas francesas retrocedían desbaratadas ante las nuestras, su centro temió ser cogido por la espalda, y se replegó presurosamente.

Furioso Dupont de verse batido por un ejército bisono, manda á sus generales ponerse al frente de sus columnas, y él el primero marcha contra la formidable línea que tiene á la vista dando la terrible voz de carga á la bayoneta. Al principio de la acción esta acometida hubiera probablemente aterrado á los reclutas fogueados ya y orgullosos del triunfo alcanzado, esperaron la carga con admirable serenidad. Una, dos, tres veces fueron embestidos, llegando el intrépido batallón de marinos de la guardia imperial hasta tocar nuestra artillería: todas empero sin hacer vacilar un momento á nuestros improvisados veteranos. Cruz, acudiendo sobre la izquierda del enemigo, contribuyó mucho á su abatimiento.

Era pasado el medio día: fatigadas sus tropas de más de ocho horas de combate, las retiró Dupont á sus posiciones anteriores, y propuso una suspensión de armas que, Reding y Coupigni, fraternalmente unidos, aceptaron. Vió entonces el descalabro de su ejército, que tenía sobre el campo dos mil cadáveres; Dupré y otros oficiales superiores estaban entre ellos; los dos regimientos suizos se habían pa-

sado uniéndose á sus compañeros al servicio de España; el soldado estaba lleno de terror al verse por la vez primera derrotado. ¿Dónde está Vedel? ¿que hace Vedel? exclamaba ardorosamente Dupont, sin saber qué partido tomar: si entregarse ó esperar la llegada de la otra mitad de su ejército suponiéndola poco distante.

Vedel había llegado hasta Santa Elena, y, no hallando por allí á los españoles ni rastreado los exploradores su paso por los desfiladeros de la sierra, se volvió con Dufour á la Carolina, dejando para la conservación del paso, por un caso de retirada, dos batallones en aquel punto y cuatro compañías en Despeñaperros. A la mañana siguiente oyó el tiroteo de Bailen y ya sospechó que Dupont se batiría con los que el había ido á buscar en la sierra. Empezó la marcha, mas con tanta lentitud que, no distando sino cuatro leguas del lugar de la batalla y oyéndose cada vez más vivo el cañoneo, á las nueve aún se hallaba á la mitad del camino, en Guarroman, donde todavía se detuvo á dar un largo descanso á sus tropas. Y tal era aún entonces su preocupación que, al continuar la marcha, dejó en aquel punto la división de Dufour con la brigada de coraceros de Lagrange para cubrir su retaguardia, temeroso de que pudieran haber ido tras él desde las montañas Reding y Coupigni. En el tránsito notó la suspensión del fuego, y ya se creyó ménos necesario porque no la atribuía sino á haber vencido Dupont. Así, cuando divisó sobre el campo de batalla las dos masas en quietud, y distinguió después á españoles y franceses, sospechando lo que podía ser, mandó avanzar inmediatamente las fuerzas que había dejado en Guarroman.

Envióle Reding parlamento para noticiarle el estado de las cosas; y aunque al pronto duda el francés si respetará el armisticio, accede al fin á que uno de sus ayudantes pase á informarse del hecho dándole por término un cuarto de hora. Habiendo trascurrido dos sin que el ayudante volviese, Vedel mandó á la brigada Cassagne y á un regimiento de dragones que se arrojasen sobre la derecha enemiga. Tan brusco é impetuoso fué el ataque y tan tranquilos se hallaban nuestros soldados



descansando en la fé de lo concertado, que les fué fácil envolver y hacer prisionero un batallón del regimiento de Irlanda casi completo con dos cañones. Otro batallón, que con el regimiento de las órdenes militares se hallaba en la ermita de San Cristóbal bajo el mando del bizarro coronel Soler, tuvo tiempo para prepararse, y rechazó la embestida. Disponíase Vedel á acometerle en persona con mayores fuerzas, porque, dueño de aquel punto, tenía abierta la comunicación con Dupont, cuando se presenta un ayudante de éste á intimarle la orden de cesar el fuego y suspender todo movimiento. Reconociendo al fin, sus faltas, había formado el propósito de repararlas con un acto de arrojo desesperado, y tuvo que ceñirse con todo su pesar á esperar el éxito de la negociación entablada por el general en jefe.

Habiase ésta iniciado pidiendo Dupont el permiso de retirarse libremente á Madrid, concesión que por no juzgarla Reding de sus facultades, remitió á la decisión del general en jefe Castaños. Hasta la mañana del 19 no había sabido éste la silenciosa retirada de Dupont, en pos del cual envió á Peña con la tercera división para cogerle entre dos fuegos si atacaba á Reding, quedándose él con la reserva en Andújar. La llegada de Peña al campo de batalla fué cuando se concertaba la suspensión de armas, y tal vez la precipitó al disparar algunos cañonazos para anunciar á los nuestros su aproximación.

Eso no obstante, no poco sorprendió á Castaños la noticia de la suspensión y la llegada de un parlamentario francés, á quien manifestó estar dispuesto á tratar con Dupont de una manera ventajosa para él y sus tropas, en cuya virtud se presentó luego el general Chabert en Andújar ampliamente autorizado. Inclínabase Castaños á dejar franco al enemigo el paso de Somosierra; mas habiéndose sabido durante la conferencia el resultado del ataque de Vedel, é interceptado un oficio de Sabary, en el que se ordenaba á Dupont la pronta retirada á Madrid para oponerse al ejército de Galicia y Castilla que avanzaba contra la capital, se cambió el sentido de los ánimos. El conde de Tilly, que seguía al cuartel general en representación de

la junta, y que, así por esto como por la parte principal que había tenido en la revolución y por la dureza de su carácter, ejercía una poderosa influencia, se manifestó opuesto á todo cuanto no fuese rendirse á discreción. Agriéronse las contestaciones, echáronse en cara mútuos agravios, y quedaron rotas las negociaciones. Grande indiscreción hubiera sido, en efecto, conceder semejante permiso á un ejército vencido por las armas, y moralmente aniquilado, para ir á salvar tal vez al lugar-teniente de otra derrota y de la pérdida de la capital de la monarquía.

Dupont, que veía agravarse por momentos su crítica situación, tardó poco en reanudar las negociaciones. El paisanaje acudía en bandadas de larga distancia, y cercaba y estrechaba á sus mermados batallones; el soldado, rendido á la fatiga, afligido por el ardor de un sol á que no estaba acostumbrado, y acosado por la sed, teniendo que deber algunas gotas de agua á la humanidad de los vencedores, formaban ciertamente un cuadro angustioso y que exigía un pronto desenlace. No es dudoso que algunos se aprovecharían de las voces de capitulación que salían de entre las filas para salvar su precioso botín. El nuevo negociador fué el general Marescot, inspector general de ingenieros, casualmente incorporado á aquél ejército, de quien se prometían buen resultado porque había tratado á Castaños en 1795 cuando se ajustó la paz de Basilea.

Mas entre tanto algunos oficiales pundonorosos de la división de Dupont, airándose contra la idea de perder en un día, arrancada por paisanos, la gloria de tantos combates adquirida, trataron de producir un rompimiento atropellando toda consideración de honor militar y de personal decoro. El ayudante enviado por Vedel para informarse del suceso acaecido antes de su llegada al campo de batalla, volvió el 20 por la mañana con la orden del general en jefe para restituir á Reding las tropas, cañones y banderas de que se había apoderado por sorpresa el día anterior; pero al comunicársela, le aconsejó no cumplirla, estimulándole á declararse independiente. Fué, sin embargo, ejecutada, aunque á despecho de oficiales y soldados, pues decían no estar ligados á los compro-